

# ESPAÑA EVANGÉLICA

AÑO 'X. — NÚM. 450

Madrid, 6 de Septiembre de 1928

PRECIO: 15 CÉNTS.

## EL SUFRIMIENTO GLORIOSO

El cual (Jesús), por el gozo que le fué propuesto, sufrió la cruz.

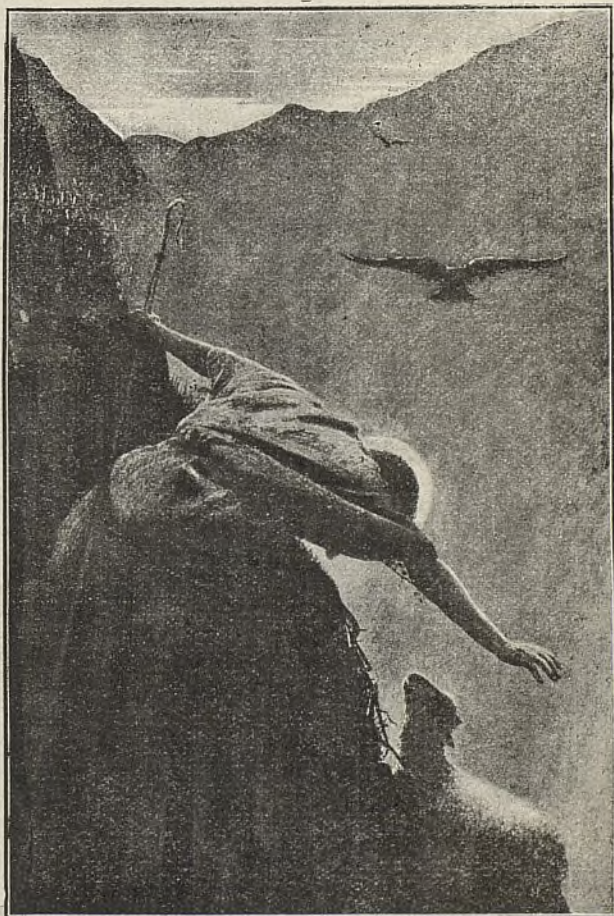
HEBREOS, XII, 2.

EL Varón de dolores es, al mismo tiempo, la luz del mundo. Su nombre evoca el sufrimiento infinito; evoca al mismo tiempo el gozo infinito. El Evangelio es la narración de un martirio sangriento y, sin embargo, esta historia mece a los pequeñuelos sobre las rodillas de sus madres. El infame instrumento de un suplicio inicuo derrama la paz en el alma de los moribundos. Y si la agonía del Salvador sabe turbar la estúpida y culpable beatitud en que se adormecen los egoístas, atrae también, victoriosamente, de todos los términos del horizonte, a aquellos que buscan el reposo, la consolación y la felicidad.

Como una campana de plata en la noche, así el gozo resuena, sin tregua, en la vida dolorosa de Jesucristo.

Es, desde luego, el coró deslumbrador de los ángeles, que cantan el gozo de la salvación en los llanos iluminados de Betheleem. Transportados de alegría, celebran el gran gozo que será para todo el pueblo. Oid en seguida a los pastores que glorifican a Dios; al anciano Simeón, que da gracias; a Ana, la profetisa, que bendice al Señor; después los magos, «poseídos de gran gozo», cuando el rayo de una estrella viene a coronar de luz la frente del pequeño recién nacido. Seguid a Jesús en su ministerio. Abraham, el primero de los profetas, se había «estremecido de gozo» contemplando «el día de Cristo». Juan Bautista, el último de los profetas, no pudo saciarse de la presencia de Cristo. El se compara al amigo que «experimenta un gran gozo a causa de la voz del esposo», y agrega «que este gozo, que es el suyo, es perfecto». Jesús «iba de lugar en lugar haciendo bien»; es decir, que su paso dejaba por todas partes una huella de gozo. Así la hora vino en que la multitud, ebria de gozo, arrojó sus vestidos sobre el camino de Jesús y turbó

toda una ciudad con el ruido de sus «¡hosanna!» Los discursos de Jesús comienzan por la palabra *felicidad*. «¡Felicidades aquellos que lloran!»... y terminan con la palabra *gozo*. «Estas cosas os he dicho para que vuestro gozo sea perfecto.» «Vuestra tristeza será cambiada en gozo... Nadie os quitará vuestro gozo...»



LA OVEJA PERDIDA

Y si el evangelista nos muestra a Jesús «estremeciéndose de gozo», en la plenitud de su actividad, en el momento en que su ministerio alcanzaba el zenit, oímos a Jesús hablar todavía de su gozo en la noche misma en que fué entregado. Antes de partir para Gethsemani, Jesús alzó los ojos al cielo y dijo: «Padre, voy a ti... Que ellos tengan en sí mi gozo perfecto».

La palabra de los libros sagrados que hemos transcrito arriba está, pues, en plena armonía con el espíritu de los

Evangelios. «Jesús sufrió la cruz en vista del gozo que le estaba reservado.»

¡Ah! Pensemos bien esas palabras. Jesús no amó el sufrimiento por sí mismo; lo amó por sus frutos. Jesús, llevando su cruz, caminaba hacia el gozo. Jesús, expirando, entró en el gozo.

¡Y qué gozo! El gozo de haber salvado al mundo. El gozo que Jesús había pintado en estos términos: «Cuando Yo haya sido levantado de la tierra, atraeré a todos a Mí mismo». Verdaderamente, si la voz tiembla cuando es necesario describir la agonía del Salvador, tiembla todavía cuando es necesario hablar de su gozo. ¡Gozo único! ¡Gozo sin límites y sin fondo! ¡Gozo eterno!... ¡Aleluya! Este gozo es muy suyo, es de Él solo, porque Él solo es digno de él. Él solo también es capaz de él; gozo de haberlo dado todo para librarlos a todos! Gozo de haber visto nuestra miseria y de haber dicho: ¡Yo aboliré esta miseria!, y de haberla abolida. Gozo de haber contemplado nuestros cementerios y de haber dicho: ¡Yo destruiré la muerte!, y de haberla destruido. Gozo de haber medido el pecado, sus vergüenzas, sus blasfemias, sus terrores, sus disgustos y sus crímenes, y de haber dicho: ¡Yo anonadaré el pecado!, y de haberlo anonadado. Gozo de haber buscado la oveja extraviada y de haberla vuelto a traer en sus brazos. Gozo de haber ganado el amor del hijo pródigo y de haberle restaurado a la casa paterna. ¡Gozo de la misericordia! ¡Gozo del sacrificio! ¡Gozo del sufrimiento redentor! ¡Gozo de la salvación gratuitamente ofrecida, sin condición, sin restricción, sin vacilación... Gozo de oírnos un día, a vosotros y a mí, exclamar con la multitud de los rescatados: «El Cordero que fué inmolado es digno de recibir el poder, la riqueza, la sabiduría, la fuerza, el honor, la gloria y la alabanza... Porque tú nos has rescatado para Dios con tu sangre, de toda tribu, lengua, pueblo y nación». ¡Gozo sin límites y sin fondo! ¡Gozo eterno! ¡Aleluya!

WILFRED MONOD

# LA NECESIDAD

(DE NUESTRO CONCURSO ACTUAL)

«Que ningún necesitado había entre ellos...»

HECHOS, IV, 34.

**N**ECESIDAD: he aquí el problema que tenemos ante nuestra vista. No es una invención nueva, una cuestión moderna ni la opinión de tal o cual sabio. Es el problema de antiguo, el tema que ha servido, sirve y seguirá siéndolo de los constantes devaneos de los que pretenden poner fin al sinnúmero de indigencias y necesidades de que adolece la Humanidad. Es el microbio que corroe, lenta y pausadamente, el interior de todos los individuos, sin parar mientes en distinciones de escala social, ni en órdenes políticos, moral o religioso.

Cuando la Divinidad pronunció el *fiat* maravilloso, creando la sublime pareja a su imagen y semejanza, dotóles Dios de todo cuanto pudieran apetecer para que no tuvieran que lamentar las consiguientes desgracias que acarrea tan grande mal. Pero el pecado de su desobediencia les sumerge en el abismo de la muerte y de tener que trabajar para cubrir sus necesidades, y desde entonces los humanos buscan algún lenitivo a tan irremediable dolor.

Filósofos, moralistas, filántropos, políticos, pedagogos, etc., tratan de hallar con sus conclusiones la solución, y ejemplos de hermosas enseñanzas encontramos en aquellas lumberras opacas de la antigüedad. Diógenes buscaba incansablemente con su linterna, día y noche, *al hombre*. Buda, Confucio y Mahoma, nos han legado con sus escritos pensamientos nobles, máximas morales de gran valor que dejan rielar la grandeza de su pensamiento: «Sé como el sándalo que perfuma el hacha que lo hiere»; «No hagas a otro lo que no quieras para ti»; pero que carecen del estigma espiritual, alto y sublime que sólo Cristo supo impregnar en su divina doctrina.

Unos piensan encontrarle en el mejor modo de obrar las unidades o colectividades humanas; otros, en el mejor modo de pensar, bien en la creación de Centros de beneficencia o docentes, o ya como otros que lo dejan pendiente en la mejora de la educación, que como dijo alguien en estos términos: «educa mejor y tendrás una generación mejor»; constituyendo todos ellos elementos de innegable valor, pero que, en realidad, no deben de ser sino el reverso de una medalla, en cuyo anverso ocupe el lugar preferente el Redentor de la Humanidad.

Nuestro texto en comentario nos dice que no había necesitados entre aquellos primitivos cristianos. La Iglesia daba sus primeros pasos con el alma henchida de gozo al poder ser útil en algo a la causa sacrosanta del Salvador. Era a raíz de

los sermones de Pablo, entre maravillas y prodigios, cuando se convertían a millares al Cristianismo, y cuando eran perseguidos con crueldad por sus propios compatriotas.

Vendían sus posesiones, las ponían a los pies de los apóstoles y eran repartidas de forma que sirvieran para cada uno según había menester. ¡Qué ejemplos de abnegación y fe! Eran como una inmensa colmena en donde todos contribuían al establecimiento y fortificación de las doctrinas sagradas, sujetos a la cabeza invisible de Cristo; como las prósperas hormigas que se esparcen silenciosas y no vuelven hasta que no traen el alimento que ha de servirles para las estaciones invernales.

Y no es que han sido agotadas las necesidades en nuestros días, ni es preciso que nos esforcemos en demostrarlo, puesto que aún encontramos por las calles quienes, a los acordes de una guitarra, violín o acordeón, entonan una canción popular demandando la caridad pública; aún encontramos niños harapientos o desnudos acercarse al orondo señor implorando socorro, y aún se registran casos en que el trabajador, cansado de su ruda faena, sin que ésta pueda satisfacer sus necesidades, hiende el puñal en el pecho de su irreconciliable enemigo, el opulento señor, que permanece impasible a las justas peticiones del humilde.

Y si esto es en el orden material, no lo es menos en los político, social, moral o religioso.

¿Qué otra cosa pretende buscar el que tiene honores, sino que se aumenten éstos; el que fama, en su reducido espacio, sino que se extienda a un círculo mayor; el que riquezas, no contento con las que tiene, sino ambiciona más y más; el que dominio, sojuzgar, si le fuera posible, el mundo entero, y el que conocimientos, ser el mayor sabio del mundo?

No es otra cosa que la ambición suprema, ver el colmo de sus ansias, y, por lo tanto, son necesitados. Tan necesitados como el siervo de Baco, que encuentra su mayor placer escanciando una tras una las innumerables copas de licor, y que en los momentos de la fermentación de la crápula le induce a cometer toda clase de excesos; como los que buscan la felicidad en los placeres mundanos, sin que éstos puedan proporcionarle la paz ansiada.

Son asimismo necesitados los que con sencillez de corazón practican sus rituales religiosos, creyendo encontrar en esto la salvación de sus almas. Pretenden encontrarla en peregrinaciones, penitencias, oraciones y ayunos, y acaban por sacar en consecuencia que no les ha producido la paz ni la tranquilidad de sus espíritus. Y olvidan o ignoran que esto no

es obra nuestra, que no podemos conseguirlo por nuestros propios méritos y que no es cuestión de dar más o menos dinero para conseguirlo, puesto que, siendo así, no todos podrían ser salvos, y no sería errado pensar que Dios hacía acepción de personas yendo esta teoría contra la verdad del Evangelio.

Nosotros, los cristianos evangélicos, hemos encontrado esa perla de gran precio. Parece inverosímil, a primera vista, que una cosa que tanto se afanan otros por conseguir y solucionar sea de tal sencillez y tan fácil de conseguir. ¿Somos acaso mejores o más sabios que los demás al asegurar nuestra tesis? En ninguna manera; la felicidad, la verdadera felicidad, que consiste en las satisfacciones de todos nuestros deseos y anhelos, no se puede encontrar, como hemos dicho, en las riquezas, en los honores, en las obras buenas ni en los placeres mundanos. Únicamente puede hallarse en la persona de Cristo en la cruz del Calvario, donde expió por nuestras culpas el Redentor de la Humanidad. Él es, pues, el único que puede llenarnos el vacío que hay en nuestra alma. En Cristo la encontraron por fe aquellos primeros cristianos y pueden encontrarla todos cuantos quieran si con sinceridad la buscan. Nos lo dice el testimonio de todos los que nos han precedido, y una prueba más incontrovertible es la de nuestra propia conciencia. Preguntad, si queréis, al más ignorante, al más humilde de los creyentes en Cristo, y veréis si no os puede contar «cuán grandes cosas el Señor ha hecho con él», y como todos hemos experimentado una paz profunda desde el momento que nos entregamos en sus manos, confiamos en sus méritos y le reconocimos por nuestro único y exclusivo Salvador.

Esta verdad, que nosotros apoyamos y defendemos, no es antojadiza o inventada por cualquiera de nosotros; al fin y al cabo todos somos hombres y, por consiguiente, falibles, y no podríamos prevalecer, como no prevalecieron los que con sus falsas doctrinas han arengado a las multitudes. Es Cristo el verdadero autor de ellas y en Él hemos podido sacar nuestras experiencias personales.

Cuando nos encontramos necesitados hemos acudido para que nos repartiera, como a aquellos que le seguían, lo necesario para que no desfallecieran. Él alimentó al profeta Elías en su destierro, como dos veces lo hizo con las multitudes sedientas de su doctrina; sin ambages ni rodeos nos declara: «No os acongojéis por vuestra vida, qué habéis de comer o qué habéis de beber; ni por vuestro cuerpo, qué habéis de vestir... Mirad las aves del cielo, los lirios del campo; no siembran, no siegan, no tienen graneros donde guardar la cosecha del año; no hilan ni tejen, y, sin embargo, cómo Dios los alimenta, ¿cuánto más a vosotros, hombres de poca fe? Buscad primeramente el reino de Dios y su justicia y todas las demás cosas se os darán por añadidura».

# EL CRISTO DE CADA HOMBRE

ra» (Mat., VI, 25 a 34). Las cosas materiales no han de ocuparnos sino un lugar secundario. Nuestra mayor preocupación no debe consistir en buscar nuestro solo sustento. Esto debemos dejarlo en sus manos. «¿No sabe vuestro Padre, que está en los cielos, las cosas que tenéis necesidad?» Sino únicamente dar la preferencia a las cosas del alma, y sólo entonces será cuando nos sentiremos verdaderamente felices y dichosos.

Es en Cristo también donde hemos encontrado la fuente cristalina cuando nos hemos hallado sedientos: «El que bebiere del agua que yo le daré para siempre no tendrá sed; mas el agua que yo le daré será en él una fuente de agua que salte para vida eterna» (Juan, IV, 14); quien, cuando nos encontramos extraviados por la senda tenebrosa de la vida y de las pasiones, nos dice: «Yo soy el camino, la verdad y la vida»; si en la oscuridad del error o de la ignorancia nos dice: «Yo soy la luz del mundo; el que me sigue no andará en tinieblas»; cuando nos hemos sentido acongojados o tristes por las contrariedades de la vida nos ha acogido benévolamente cual madre tierna y nos ha hablado: «No se turbe vuestro corazón; creéis en Dios, creed también en Mí»; en los momentos de duda o prueba nos ha tendido su mano cariñosa y nos ha infundido la fe en nuestros corazones para soportar, y es Él, en fin, quien nos mira con reconvención amorosa cuando tropezamos o caemos en nuestra vida cristiana, y tras levantarnos avergonzados nos dice: «Vete y no peques más».

Así podríamos continuar nuestra relación interminable de experiencias personales; pero creemos suficientes las ya expuestas arriba, dejando al arbitrio del lector el que pueda leer la Sagrada Escritura, donde encontrará, seguramente, el manantial de sabiduría.

Dejad, pues, vuestros torcidos caminos, volveos del error y dirigid vuestra vista únicamente a Aquel que es la fuente de vida y dió su vida en rescate por nosotros y obtendréis la felicidad, la tranquilidad de vuestras almas, la vida eterna y encontraréis la satisfacción de las necesidades.

Así lo desea de todo corazón quien ya lo ha experimentado, y desde estas columnas, con lo poco que vale su pobre artículo que rinde como pequeño homenaje a Cristo, os invita con el profeta: «Gustad y ved cuán bueno es Jehová.»

GARCILASO DE LA HUERTA

Agente de ESPAÑA EVANGÉLICA  
en el Uruguay:

D. MANUEL PUCH  
Quito, 1618.  
MONTEVIDEO

EN la Conferencia de Lausanne, el Obispo Fisher era presidente de una de las Comisiones de la Junta que debía discutir acerca de los sacramentos.

El primero que tenía que hacer uso de la palabra era un venerable patriarca griego de ochenta y tres años de edad. Vestido con sus insignias episcopales, levantándose, dijo: «Para mí la idea de discutir asuntos sobre la gracia sacramental es impía y sacrilega, tanto más si nos hallamos en una iglesia que no está consagrada (en la Suiza Protestante). Porque este Sacramento (la Cena del Señor) es tan santo que sólo debe ser tratado en una iglesia verdaderamente bendecida por sacerdotes, cuyo derecho venga directamente de San Pedro. El sacerdote oficiante debería pertenecer a la sucesión apostólica, pues sólo así el pan se convertirá en el Cuerpo de nuestro Señor y el vino en su Sangre. Únicamente por una gracia sacramental podemos encontrar a Cristo Jesús. Exclusivamente en el caso de que el sacerdote bendiga ciertamente la iglesia, el altar, el cáliz, el pan y el vino, el pan deja de serlo, pues así que lo recibimos en nuestros labios podemos sentir a Jesús viviente y palpitante entre nuestros dientes. Después el vino se convierte en su pura y ardiente sangre. De tal modo, el vino que está frío en el invierno, tan luego que se le consagra, se transforma en la ardiente sangre de Jesús, tan ardiente, que nosotros, los sacerdotes, podemos calentar nuestras heladas manos amparando el cáliz que lo contiene. Hay una sola forma de hallar, ver, sentir y conocer a Jesús, y es por medio de su Santo Sacramento. Hablar de otra forma y discutirla aun en esta iglesia, es un sacrilegio».

El Obispo Fisher dijo que mientras hablaba aquel patriarca sus ojos ardían. Solamente una vez había visto unos ojos que ardían como aquellos. Eran los ojos de un socialista que en Francia acusó a la Iglesia y con ojos encendidos exclamó: «¡Pero no podéis apartar a Cristo de nosotros! ¡Él también es nuestro!» Ambos tenían tan profunda convicción, que mientras hablaban sus ojos ardían y ardían.

El arzobispo había tratado la cuestión desde el punto de vista completamente sacerdotal. Su edad, su dignidad, su convicción profunda, produjeron una grande impresión, y aunque los más de los sesenta hombres congregados diferían de su opinión, era tal el ambiente que sólo un hombre de tacto y alta espiritualidad se habría atrevido a hablar.

Se puso de pie un cuáquero. Era algo insignificante en apariencia, pero apropiado para la oportunidad.

Comenzó así: «No me atrevería a apartar al Obispo de su fe, ni tampoco a vosotros de la vuestra, ni al mundo de la su-

ya, ni a mí mismo de la mía. Como sabéis, nosotros, los cuáqueros, no acentuamos la cuestión del Sacramento, y aun cuando participamos de él ocasionalmente, lo tomamos de manos de los legos. El obispo ha encontrado a Cristo por medio del Sacramento. Yo no por medio del sacramento, pero lo he encontrado a Él. Sí, anoche, mientras paseaba por estas calles meditando y orando, no estaba solo: el Hombre de Galilea hallábase a mi lado, paseando y hablando conmigo. Así como esta mañana, cuando me arrodillé en oración y miré hacia el lago, pude ver a Cristo cruzándolo, lo mismo que cruzó otro lago hace largos años. Él vino a mi estancia y entró a mi corazón; Él vino a reunirse conmigo, y Cristo Jesús es para mí tan real y viviente aquí y ahora como lo sois vosotros. Jesús se halla en esta habitación tan verdaderamente ante mí como el obispo lo está. Por espacio de muchos años Jesús ha estado viviendo conmigo una personalidad radiante. No lo he encontrado por medio de los sacramentos, pero lo he encontrado».

Al siguiente día ese arzobispo rué a encontrar al Obispo Fisher, y haciendo reposar sus manos sobre los hombros de éste, le dijo: «Hijo mío, el testimonio dado anteayer por aquel hermano me ha convencido de que hay otra forma de encontrar a Jesús además de la del sacramento».

El último día volvió y, poniendo otra vez sus manos sobre los hombros de Fisher, añadió: «Hijo mío, yo volveré a mi pueblo, pero nunca más os llamaré herejes. Yo no sé cómo, pero sé que, en una u otra forma vosotros y otros protestantes encuentran y conocen a Cristo Jesús».

De La Revista Evangélica, de Chile.

## Tarjetas postales con textos bíblicos.

Preciosas postales de excelente calidad artística con versículos impresos en azul o rojo.

Paquete A: Doce postales de flores.

Paquete B: Doce postales de pájaros, mariposas y flores.

Paquete C: Doce postales de paisajes.

Cada paquete, DOS PESETAS

Sdad. de Publicaciones Religiosas  
Flor Alta, 2 y 4, 1.º - MADRID  
Teléfono 17.933.

## ¿Necesitamos una Iglesia infalible?

EL fiel católico romano así lo afirma. Para él no hay paz ni seguridad sino en la confianza de hallarse bajo la tutela de una Iglesia que no puede errar. El cristiano evangélico tiene una confianza todavía mayor: sabe que Dios no le puede engañar, y que Cristo ha prometido su Espíritu para guiar «a toda verdad» a cuantos humildemente imploran su auxilio; sabe que, como dice Santiago: «si alguno tiene falta de sabiduría», debe, no acogerse a la sabiduría de la Iglesia, sino «pedirla a Dios, el cual da a todos abundantemente y no zahiere».

Pero ¿no está expuesto a equivocarse el cristiano evangélico, a pesar de las luces que Dios le ofrece? No tanto como lo está el católico romano poniéndose bajo el magisterio de una Iglesia por el hecho de que ella se llame infalible.

Como ha dicho muy bien un controversista evangélico, el Dr. Salmon, el hombre que afirma creer en la infalibilidad de la Iglesia, necesita creer también, para que su fe tenga algún valor práctico, en su propia infalibilidad. Porque ¿quién le asegura de que él no se ha equivocado al juzgar como infalible a la Iglesia? La infalibilidad de la Iglesia no es una proposición evidente por sí misma, como lo es la infalibilidad de la Palabra de Dios, que no puede engañarse ni engañarnos. La infalibilidad de la Iglesia es una proposición muy discutida. La niegan más de la mitad de los que profesan seguir a Cristo. La afirma solamente la Iglesia romana, y aun ella no la ha afirmado siempre, ni la ha formulado de una manera definitiva hasta hace menos de sesenta años, cuando el Concilio Vaticano promulgó el dogma de la infalibilidad papal.

Hasta el año 1870, los fieles católicos romanos podían rechazar la infalibilidad papal, y de hecho la rechazaban muchos de ellos. Era un tema a discutir dónde residía la infalibilidad, aun para los que la creían patrimonio de la Iglesia. En la Iglesia entera, decían unos. En los Concilios generales, decían otros. En el romano Pontífice, opinaban los demás. Una infalibilidad de la cual no se sabe a punto fijo dónde está, no parece cosa muy segura.

Nos acusan los católicos romanos de poca lógica, porque basamos nuestra fe en las Sagradas Escrituras, siendo así que no creeríamos — dicen ellos — que las Sagradas Escrituras son la Palabra de Dios si la Iglesia no nos lo hubiera enseñado. Podría responderse que el cristiano que recibe como verdad divina la enseñanza de las Sagradas Escrituras no se apoya para ello en el testimonio de ninguna autoridad humana, sino en el que el mismo Espíritu Santo da a la Palabra por él inspirada, haciéndola eficaz para

convertir el alma y para dar consuelo, amonestación y dirección saludable a cuantos se ponen bajo su influencia. La Palabra de Dios se da testimonio a sí misma y su testimonio es de una fuerza incontestable en la experiencia cristiana.

Pero la infalibilidad de la Iglesia, y menos de la Iglesia Romana, no encuentra su comprobación en la experiencia. Tiene que buscar su apoyo en alguna otra parte, y lo busca, aunque inútilmente, en las mismas Escrituras, de cuya verdad nos habían dicho los católicos romanos que no podíamos estar seguros sin el testimonio de la Iglesia.

Es tarea sumamente ingrata buscar apoyo para la infalibilidad papal en las Sagradas Escrituras. Se comienza por el hecho de que tal palabra, «infalibilidad», ni siquiera se encuentra en el Nuevo Testamento. La idea, o ideas semejantes, se encuentran aplicadas a las Sagradas Escrituras, «divinamente inspiradas», a las palabras de Cristo, que «no pasarán aun cuando pasen el cielo y la tierra»; pero nunca se atribuye tal cualidad a la Iglesia. Los textos que los autores romanistas citan, no se refieren a la infalibilidad.

Por ejemplo: *Sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella* (Mat., XVI, 18). Concedemos, con muchos comentadores evangélicos, que la piedra a que Cristo se refiere es Pedro, el hombre inseparable de su confesión, el creyente inseparable de su fe. Cristo dice que los poderes del hades, de la muerte, no prevalecerán contra su Iglesia; es decir, que la Iglesia es indestructible, imperecedera. La Historia ha comprobado las palabras de Cristo. Ni las más encarnizadas persecuciones de los enemigos, ni las innumerables traiciones y deslealtades dentro de ella misma, peligro mil veces mayor que el primero, han podido destruir la Iglesia cristiana en diez y nueve siglos. ¿Quiere esto decir que la Iglesia no haya caído en muchas ocasiones, y a veces por mucho tiempo, en el error? De ningún modo. Hubo una ocasión en que se pudo decir que Atanasio, el campeón de la ortodoxia, se encontraba solo contra el mundo entero.

*Yo he rogado por ti, que tu fe no falte.* (Lucas, XXII, 32), es otro de los textos citados. Es una palabra íntima, personalísima, del Señor a Pedro. Cristo anuncia a su impulsivo discípulo la prueba a que va a ser sometido. Con divina simpatía, lo ve en manos de Satanás como trigo en zaranda. Pero le alienta con la seguridad de que su Señor ha orado por él, y de que de aquella caída que va a sufrir volverá para confirmar a sus hermanos con la experiencia de un hombre que sabe lo que es caer y levantarse luego por la misericordia de Dios. Jesús rogó por Pedro, que en aquella hora de prueba no

perdiera la fe. El Maestro sabía que si Pedro conservaba la fe, se levantaría de su caída. ¿Qué tiene que ver todo esto con que Pedro fuera infalible, ni mucho menos con que lo fueran sus pretendidos sucesores?

Un texto, al parecer más favorable a la infalibilidad, es el de la 1.<sup>a</sup> a Timoteo, capítulo III, 15, donde Pablo habla de la *Iglesia de Dios vivo*, llamándola *columna y apoyo de la verdad*. Nosotros, los evangélicos, creemos que lo es. La Iglesia del Dios vivo, la verdadera Iglesia de Cristo, no la Iglesia Romana, ni la Luterana, ni la Calvinista, sino la Iglesia formada por todos los que creen en Cristo y le confiesan delante del mundo, es «columna y apoyo de la verdad». Las verdades más altas y más grandes que el hombre puede abrazar, y por las cuales puede vivir y morir, son las verdades que la Iglesia de Cristo proclama ante el mundo: que hay un Dios, creador de los cielos y de la tierra, Padre de amor y bondad infinita, que ha enviado al mundo a su Hijo Jesucristo, dándolo por nuestros pecados y para nuestra salvación, para que todos los que creen en Él tengan vida eterna. La Iglesia de Cristo tiene la respuesta a las preguntas más hondas que el hombre puede hacerse. ¿Qué soy yo? ¿De dónde vengo? ¿Adónde voy?, preguntas a las cuales ni la ciencia, ni la filosofía, ni la experiencia, dan una contestación satisfactoria. ¿Necesita la Iglesia ser infalible para esto? No. Lo único que necesita es dar el mundo el mensaje que ha recibido de su Señor; y este mensaje es tan claro como la luz del día. Pero cuando la Iglesia quiere definir doctrinas y formular dogmas y establecer preceptos, puede salirse, y se ha salido muchas veces, de la misión que su Señor le encomendó, y ha podido caer en el error. Estos errores han sido a menudo perniciosos y difíciles de rectificar, pero no alteran la verdad pura del Evangelio eterno que la Iglesia de Cristo predica.

Los cristianos de la Iglesia apostólica no se apoyaban en nada menos que la Palabra de Dios ni querían guía más baja que el mismo Espíritu de Dios. «Cuando viniere aquel Espíritu de verdad, Él os guiará a toda verdad», había dicho Cristo. Esa dirección es la que el Fundador de la Iglesia ha prometido, y no necesitamos otra.

C. A. G.

### Iglesia Evangélica Española de Nueva York

114 West, 118<sup>th</sup> Street. New-York.

Pastor:

Rdo. Manuel Figueroa.

Si va usted a Nueva York, escriba al pastor, que le atenderá solícito.

Ayuntamiento de Madrid

# INFORMACIÓN EVANGÉLICA

## La jornada del Evangelio en Buenos Aires.

Un folleto del pastor evangélico Juan C. Varetto, de Buenos Aires, nos trae la noticia de una campaña realizada por los elementos católico romanos de aquella capital para difundir los Evangelios.

Reproducimos de dicho folleto unos pocos párrafos:

«Los católicos se han puesto en acción, y según dice Guillermo Ferrero en un artículo recientemente aparecido en *La Nación*, están, en todas partes, imitando los métodos democráticos del protestantismo. Nos alegra verlos salir de los templos a respirar un poco de aire puro en las plazas públicas; tal vez así pierdan el olor a incienso que llevan encima.

«Acaban de efectuar lo que ellos llaman la «jornada del Evangelio» en la que pusieron en venta 100.000 tomitos, que contienen los cuatro Evangelios. Las damas, las «dignidades» eclesiásticas y las numerosas corporaciones católicas de la capital se dieron cita aristocrática en el teatro Colón, y las brigadas se lanzaron por todas partes de la ciudad para vender los libritos a razón de 50 centavos el ejemplar (1,25 pesetas).

«Al mismo tiempo repartían un folleto titulado: ... *Lo conoce usted*, que demuestra que la obra evangélica está haciendo cosquillas a los católicos y que la famosa campaña del Evangelio iba precisamente en contra de las instituciones y personas que con abnegación, heroísmo y fe cristiana, se esfuerzan en dar al pueblo el Evangelio que no les da, ni puede dar, la Iglesia de Roma, porque lo ha negado, al sustituirlo por doctrinas erróneas y ritos paganos.

«Con todo, nos felicitamos de que hayan puesto en venta los cuatro Evangelios a pesar de la forma deficiente en que lo han hecho, pues conscientes de que en el texto sagrado no hallarían ni un solo versículo favorable a las prácticas características y favoritas del romanismo, han añadido un Apéndice de más de 60 páginas con el Ordinario de la Misa, preceptos sobre la confesión auricular, oraciones a la «divina» Virgen María, a San José, etc., cosas completamente ajenas y aun contrarias a la verdadera fe cristiana.

«Una parte del folleto está consagrada a demostrar que la Iglesia romana nunca ha escondido al pueblo el texto del Evangelio y que no son justas las acusaciones que en este sentido se le hacen.

«Queremos dar un dato para que el lector inteligente sepa si tienen o no razón los evangélicos, o protestantes, cuando afirman que la Iglesia romana no quiere que el pueblo lea la Biblia. Es éste: la primera Biblia publicada por los católicos en castellano es la versión del padre

Scío, que terminó de publicarse el año 1793; es decir, doscientos veinticuatro años después que apareciera la versión protestante de Casiodoro de Reina. Siglos y siglos de catolicismo, millones y millones de católicos, sacerdotes por millares, y ni una Biblia para el pueblo. Y lo que pasaba en España ha pasado en todos los países donde ha imperado la Iglesia de Roma. ¿Ha pasado? Nos corregimos. Pasa. Porque la situación de hecho continúa siendo la misma: el pueblo, guiado por los curas, no conoce la Biblia, y podemos añadir que no la conocen los curas mismos.

«Otra prueba de esa culpable negligencia respecto a la circulación de la Biblia la tenemos en esta misma campaña que ahora están efectuando. ¡Tanto ruido porque han publicado una edición de los cuatro Evangelios! Conferencias por radio, teatro Colón, artículos en los diarios para una cosa tan pequeña. ¡Otra vez el parto de los montes! ¿Qué son cien mil ejemplares donde los católicos se cuentan por millones?

«Las Sociedades Bíblicas protestantes venden aquí en el país cantidades mucho mayores todos los años.»

## En favor de Carmen Padín.

El secretario del Comité Evangélico pro Libertad de Cultos en España, de Buenos Aires, nos comunica que aquel Comité, que con tanto interés ha seguido desde sus comienzos el caso de Carmen Padín, envió a primeros de Agosto una petición a Su Majestad el Rey D. Alfonso XIII, en nombre de 40.000 evangélicos de la República Argentina, solicitando el indulto de nuestra hermana. La petición se habrá cruzado en el camino con la buena noticia de que el indulto había sido ya concedido. No es por ello menos de agradecer el acto de nuestros hermanos de Buenos Aires.

## Visitantes.

Hemos tenido el placer de saludar en Madrid a la Sra. D.<sup>a</sup> Isabel Lincoln, hija del inolvidable superintendente de la Misión Americana, Rdo. Guillermo Gulick, que ha pasado unos días en la capital, donde algunas de las antiguas alumnas del Instituto Internacional, de las cuales hay un regular número en Madrid, aunque no sea siempre fácil reunirlos, han tenido ocasión de encontrarse con ella.

También ha visitado a España miss Cutler, profesora en un tiempo del Colegio Internacional.

La Sra. Lincoln, miss Cutler y D.<sup>a</sup> Alicia Bushée, que ha pasado en nuestro

país algunas semanas, están ya camino de sus respectivos hogares en Norteamérica, adonde las acompañan nuestros mejores deseos.



## REGISTRO

El día 25 de Agosto fué administrado en Santa Amalia (Badajoz), el sacramento del Bautismo a la niña Petra López Dorado, hija de D. Francisco López y D.<sup>a</sup> Petra Dorado. Fueron padrinos D. Catalino Díaz, maestro evangelista de dicha localidad y su hija la Srta. Julia Díaz Martínez. Quiera el Señor derramar sus bendiciones sobre todos.



## Esfuerzo Cristiano

### El propósito de nuestra vida en la tierra.

Dom., 16 de Septiembre. Ef., 2, 1-10.

#### Lecturas diarias.

Lunes . .	Vida con propósito. . .	Juan, 18, 33-40.
Martes . .	Un propósito: testificar. . .	Juan, 1, 8-12.
Miércoles . .	Servir a los hombres. . .	Hech., 13, 36.
Jueves . .	Agradar a Dios . . .	Hebr., 10, 36.
Viernes . .	Ser como Cristo . . .	Rom., 8, 28-31.
Sábado . .	Descubrir cosas buenas. . .	Mat., 13, 52.

#### Sugestiones.

Trabajar sin un fin determinado es obrar como el vulgo dice: «a tontas y a locas». En todo trabajo ha de perseguirse un fin; de lo contrario, aquél, en definitiva, resulta perfectamente inútil. Nuestra vida está encadenada de acciones y movimientos, y si éstas no se encaminan a lograr algún propósito, a la postre aquélla resultaría baldía. Hemos de ser, pues, movidos por ideales, si nuestra vida nos ha de rendir fruto saludable. Y estos ideales han de ser de ideales cristianos: que vengan de Cristo y se dirijan a buscar la gloria de Cristo. Sólo de este modo daremos adecuada ocupación a nuestra actividad y lograremos gloria no perecedera.

#### Ilustraciones.

Ningún inventor ha hecho nunca una máquina sin saber de antemano el destino que había de tener su máquina. Así también una vida de éxito ha de tener un propósito claro.

El objeto del fuego es calentar alguna cosa y no meramente quemar el carbón. De igual modo, el objeto de la vida es bendecir a otros, y no precisamente agotar el bien uno mismo.

Aunque pudieses escribir toda tu vida en una sencilla hoja de roble, todas las hojas de los árboles de un bosque no bastarían para escribir en ellas tu vida eterna. Y, sin embargo, la muerte de ésta la decide tu vida terrenal.

#### Temas para pensar.

¿Cómo os ayudará la Biblia a fijar el blanco de vuestra vida?

¿Cuál conviene que sea el propósito de nuestra vida para nosotros mismos?

¿Cuál debe ser el propósito de nuestra vida para los demás?

#### Pensamientos.

El fin principal del hombre es «glorificar a Dios en este mundo y gozarle por

(Continúa en la pág. 288.)

**Suscríbase a ESPAÑA EVANGÉLICA**



CAPÍTULO XXIV  
LYON

El viaje de Norberto fué casi demasiado seguro y sin acontecimientos para complacerle. ¿Qué iba a ocurrir a un dependiente joven, que viajaba desde el territorio de Berna para asuntos de negocios de su amo, un honrado ciudadano de San Gall, domiciliado en Lyon? Únicamente podía suceder que alguien, pensando que llevaba dinero consigo, le asesinasen para robarle, cosa que no era de esperar tampoco; porque viajaba por carreteras frecuentadas, se alojaba en hosterías y posadas respetables y, siempre que era posible, iba en compañía de otros viajeros.

Al llegar a Lyon, se alojó en un mesón, recomendado, nada menos, que por el alcalde de Bellay, que iba a la ciudad con su mujer y sus hijas, para asistir a la boda de un pariente suyo, y le había concedido que viajase en su compañía durante una o dos jornadas.

Cuidó de que se instalase cómodamente, en la cuadra del «Dragón Verde», a su caballo, del que, hasta cierto punto, se sentía orgulloso, por ser el primero que había llamado suyo, excepción hecha de una jaquita que tenía en Gongoles, y después, mientras cenaba, preguntó al mozo que le servía dónde habitaba maese Juan Lyne, el mercader de sedas de San Gall. El criado lo ignoraba y los demás se hallaban demasiado ocupados para atenderle, teniendo que cuidarse de una porción de amigos y deudos del alcalde, que habían ido a saludarle y comer con él. Confiando temerariamente en su propia habilidad para encontrar lo que buscaba y preguntar lo que no supiera, salió, lleno de esperanzas, para explorar el terreno.

Pero, no conociendo bien más ciudades que Ginebra (que era mucho más reducida que Lyon), encontró su empresa difícil y desconcertante; ninguno de los dos ciudadanos a quienes preguntaba había oído hablar siquiera de maese Juan Lyne. Al fin, dió con alguien que lo encaminó al barrio donde vivían los sederos; pero entendió mal el nombre de una calle por la cual tenía que cruzar, siendo distinta su pronunciación en el francés lionés que

en el ginebrino, y, cada vez más confundido, vagó a la ventura, llegando, al fin, a un sitio amplio, con casas grandes, magníficas, aisladas dentro de los muros de sus respectivos jardines.

«Aquí deben vivir los nobles y los grandes — se dijo —; si llamo a una de esas puertas y pregunto por un comerciante en sedas, el portero lo considerará como insulto, y me echará a la calle. De todos modos, estoy viendo la ciudad. ¿Cómo serán esas casas por dentro? Me gustaría que franqueasen la entrada en alguna de ellas.

Su deseo se vió pronto satisfecho, no tardando en llegar a una que tenía abierta la cancela y dejaba ver un lindo jardín con su fuente en el centro, rodeada de plantas y flores. Permaneció un momento contemplando el espectáculo, recreándole aún más los dulces acordes de una mandolina que tocaba, con singular maestría, alguien que él no alcanzaba a ver. Era, realmente, maravilloso que aquellos acordes brotaran de un instrumento pobre y ruín en su género. Norberto amaba la música con toda su alma, habiendo cultivado bien el gusto por ella en Ginebra, donde estaban prohibidas las músicas de baile y los cantos profanos; pero se estimaba altamente el género serio que podía incitar a la devoción. Aquella música era deliciosa, pensando Norberto que debía hacerla un alma puesta a tono con la armonía, y, atraído, sin darse cuenta, por sus encantos, llegó a la cancela y avanzó con precaución, esperando ver al músico.

Y logró su deseo, porque en un banco colocado de modo que pudiera recibir todo el beneficio de la brisa nocturna, se hallaba sentado un joven, elegantemente vestido de terciopelo y encajes, con la espada al costado y la esclavina sobre el respaldo del asiento, demasiado absorto, al parecer, en su ocupación para darse cuenta de la presencia del intruso.

Animado con ello, Norberto se acercó más y permaneció escuchando hasta que la terminación de los dulces sonos le sorprendió, produciéndole un vivo dolor.

El músico dejó la pluma, levantó la cabeza y miró, no a Norberto, sino enfrente de sí, y, aunque éste considerase aquello muy extraño, como le favorecía el que no le viesen, dió media vuelta para retirarse tranquilamente.

— ¿De quién son esos pasos? — preguntó el músico.

— Soy forastero. ¿Queréis dispensarme, señor? Hallé la puerta abierta y, atraído por la música, me atreví a llegar hasta aquí para escuchar.

— No tengo de qué dispensaros, pero os suplico que me digáis con quién hablo. ¿Sois un mancebo, o una dama? Como véis, soy ciego.

— Lo siento en el alma — repuso Norberto —. Soy un joven procedente de Suiza, que vengo al servicio de un tal maese Lyne, mercader de San Gall. He llegado esta misma noche y busco su domicilio. Pasaba por aquí con tal objeto, y la música me impulsó a detenerme y entrar.

El ciego soltó la mandolina y exclamó, con el acento de una persona verdaderamente sorprendida:

— ¿Buscáis a maese Lyne? ¡Extraño! ¡Extraño! Seguramente, es a mí a quien os envían.

— No, señor; dispensadme. Nadie me ha enviado aquí. Ni siquiera tengo el honor de saber con quién hablo.

— ¿Preferís, en ese caso, saber por dónde se va a casa de maese Lyne? Lo que yo considero extraño es que allí es donde quiero ir yo también. Vamos, nos ayudaremos mutuamente; yo iré diciendo ordenadamente los nombres de las calles que hemos de atravesar, y vos me conduciréis. Dadme la mano — añadió el ciego, levantándose.

Norberto, contento, accedió, aunque le sorprendió que un caballero, rico al parecer, no tuviera a mano criados que satisficieran su deseo, en lugar de entregarse a merced de la dudosa bondad de un extraño.

«¿Quién de los dos va a ser el guía? — se preguntó al tomar la mano del ciego, que era suave y blanca como la de una doncella —. He aquí un caso de un ciego guiando a uno que, afortunadamente, no lo es, que podría ser expuesto.»

— A la derecha — dijo su compañero, cuando salieron de la puerta, y a poco, añadió: — A la izquierda, todo seguido por la calle que tiene en la esquina una imagen de la Virgen.

Al dar la vuelta a una calle se cruzaron con dos caballeros que pasaban, y uno de ellos saludó al ciego, diciéndole:

— ¡Hola, De Marsac! ¿Qué motivo te obliga a salir tan tarde?

¡De Marsac! Norberto, en su sorpresa, estuvo a punto de repetir aquel nombre en alta voz, y ni siquiera oyó la respuesta del ciego: «Quiero dar un paseo por recreo, aprovechando la hermosura de la noche», ni la pregunta del desconocido: «¿Qué has hecho de Grillet, tu sombra?»; pero sí oyó ya que su nuevo amigo respondía: «Está enfermo», y sintió un movimiento en el brazo que, indudablemente, significa: «Vamos.»

Obedeció, caminando mecánicamente, absorto en sus ideas. ¿Qué debía decir? ¿Qué debía hacer? ¿Cómo podría averiguar si aquel caballero era o no deudo de su amigo? ¿Y no era más importante aún saber si tenía las mismas ideas que él? Al fin, aventuró una observación:

— Creo, noble señor, que mi amo esti-

ma mucho a una persona que lleva vuestro nombre.

— ¿Cómo sabéis eso, siendo nuevo en su servicio y no habiendo estado nunca en esta ciudad, como creo haberos oído decir?

— En el sitio de donde yo vengo hay muchos franceses que tienen amigos aquí — observó Norberto cautelosamente.

— No creo que haya muchos en San Gall; quizá en Berna habrá algunos más, pero, si por casualidad, procedieséis de Ginebra...

— Si viniera de Ginebra, noble señor, escasamente me atrevería a decirlo en los lugares más ocultos; al menos, no aquí, donde tanto se odia a los ginebrinos por causa de su religión.

— Seréis aborrecidos de todos por causa de mi nombre (1) — dijo el ciego con tranquilidad. Y Norberto, cuyo conocimiento verbal de la Escritura dejaba poco que desear (sin que para ello hubiese puesto empeño) se apresuró a añadir:

— Pero el que perseverare hasta el fin, será salvo (2),

— ¡Ah! ¡Perseverar hasta el fin! — suspiró su compañero, y, no hallándose completamente seguro aún de poder confiar en el desconocido, añadió: — Vosotros, los de Berna, o de otros cantones dignos de alabanza, no tenéis nada que temer aquí, ni aun desde el punto de vista de la religión. Berna está en buenas relaciones con Francia, y si los amigos que nos envía son un poco laxos en la misa y la confesión, los lioneses sagaces se mostrarán casi tan ciegos como lo soy yo.

— Pero ocurre todo lo contrario cuando se trata de los de Ginebra — observó Norberto —, especialmente si son emigrados franceses que se aventuran a volver.

— Lo sé. Desgraciadamente para mí, uno de los que están en ese caso lleva mi nombre. Dos personas de mi nombre están padeciendo a la sazón.

— ¡Dos! — exclamó Norberto.

— No gritéis; acordaos de que pasa gente. Sí, así es, en efecto, y uno de ellos es mi propio hermano — dijo el ciego en voz tenue, llena de pesar.

— Luis De Marsac, que era mi mejor amigo — observó Norberto con emoción —, no había tenido hermanos.

— No me refiero a ese, que es primo mío, sino a Enrique De Marsac, mi hermano querido.

— Y de Luis, señor, vuestro primo, ¿sabéis algo?

— Sé que está encarcelado, expuesto a ser condenado a muerte. Y allí también, y en igual caso, ¡que haya yo de decirlo!, se halla mi querido hermano, la luz y la alegría de mi vida.

— ¿No hay esperanza para ellos? — preguntó Norberto, que no pudo reprimir tal pregunta, aun sabiendo demasiado bien la respuesta.

— Ninguna, excepto en condiciones que no quieren aceptar. — Y, tras una pausa de silencio, el ciego añadió: — ¿Decís que mi primo era vuestro mejor amigo?

— Lo es aún. Veo señor, que puedo decirlos toda la verdad — dijo Norberto. — Soy hijo de Ginebra, aunque vengo desde Gex, que está en territorio bernés y con pasaporte de Berna; y he venido esperando ver, aunque sea por última vez, el rostro de Luis De Marsac.

— Como yo también, con el auxilio de maese Lyne, deseo estar con mi hermano. (Continuará.)

XXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXX

(Continuación de Esfuerzo Cristiano.)

siempre en el otro». Este fin abarca todo noble esfuerzo y toda dicha verdadera.

Un hombre muerto es aquel que vive separado de Dios. El hombre vivo es aquel que tiene la vida de Dios difundida en la suya propia.

El ideal de nuestra vida terrena debe ser apartar de nosotros todo lo bueno; de otro modo, nuestra vida constituirá un verdadero fracaso.

## Sociedades infantiles.

Pablo.

Dom., 16 de Septiembre. Hech., 16, 9-13.

Aparte de todas las circunstancias y condiciones de carácter y obra que han hecho de San Pablo la figura más prominente — después de Cristo — del Nuevo Testamento, su persona tiene que interesarnos de un modo especial por haber sido, digámoslo así, el primer misionero venido a Europa. Un varón macedonio se le presentó en una visión y le dijo: «Pasa a nosotros». El Apóstol interpretó esto como un imperativo venido del cielo, y al momento emprendió su viaje. Como consecuencia de su decisión, pudo anunciar el Evangelio y fundar iglesias en muchas ciudades, mereciendo justamente el título de Apóstol de los gentiles.

XXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXX

## Escuela Dominical

Pablo escribe a los cristianos de Corinto.

16 de Septiembre. 1.ª Cor., 1, 10-13. 5, 11, 21-23.

TEXTO ÁUREO: ¡Mirad cuán bueno y cuán delicioso es habitar los hermanos igualmente en unol — Sal. 133, 1.

Año y medio había trabajado el Apóstol en aquella ciudad, y en este tiempo se había reunido una iglesia floreciente, compuesta de judíos y gentiles, predominando estos últimos. Después de Pablo estuvo en Corinto el elocuente Apolos, que trabajó con mucho provecho de los creyentes. Pero aquellos cristianos recién salidos del paganismo no se habían despojado completamente de los hábitos de pensamiento y de conducta, tan arraigados en otro tiempo. Trajeron a la Iglesia algunas de sus aficiones y tendencias. Una de ellas, propia de griegos, viva-

ces e inteligentes como ellos, era dar gran importancia a la sabiduría y a la elocuencia humana. Bien pronto comenzaron a hacer comparaciones entre Pablo y Apolos, entre Pablo y Pedro. Formáronse partidos, que discutían acaloradamente sus preferencias. Unos se llamaban de Pablo; otros, de Apolos; otros, de Cefa, y otros, creyéndose los genuinos mantenedores de las enseñanzas de Cristo, decían ser de Cristo, como si los demás no lo fueran o como si Cristo pudiera ser lema de una secta.

El espíritu de partido había nacido de dar demasiada importancia a los ministros del Evangelio, olvidando al Señor, que los había salvado. «¿Fue crucificado Pablo por vosotros?», pregunta, dirigiéndose, con exquisito tacto, a los que habían tomado su propio nombre. ¿Qué son los mejores maestros, al lado de Cristo, que nos rescató con su sangre?

Cuanto más se acercan los cristianos a Cristo, más cerca están unos de otros.

Otra causa de divisiones era la tendencia a ensalzar la sabiduría humana y a mirar en cada maestro cristiano sus dotes intelectuales o su elocuencia. Pero, ¿no tenían bastantes pruebas del fracaso de la sabiduría humana? ¿Qué había conseguido el mundo por el camino de la sabiduría humana? No había conocido a Dios, no había encontrado salvación para las almas. Y Dios había escogido, por lo mismo, un medio de salvación que parecía una locura: la predicación de la cruz de Cristo.

El Evangelio es, principalmente, «la palabra de la cruz». Otras muchas cosas enseña, verdades elevadas acerca de Dios y acerca de nuestra propia alma; pero la enseñanza principal, el corazón del Evangelio, es la cruz de nuestro Señor Jesucristo, donde vemos la sabiduría de Dios encontrando el remedio a nuestros males, y el poder de Dios destruyendo el dominio del pecado en los corazones.

Esta palabra era una piedra de tropiezo para los judíos; porque ellos habían esperado un Mesías terreno. Era, por otra parte, locura para los griegos. «Los sabios de este mundo — dice San Agustín — se mofan de nosotros, y nos preguntan: ¿Dónde está vuestra inteligencia al adorar un Dios crucificado?»

En excavaciones hechas en Roma se encontró sobre un muro un dibujo grosero, que representaba a un crucificado con cabeza de asno, y delante de él un muchacho de rodillas; debajo se leía esta inscripción: «Alexamenos adora a su Dios». Era, sin duda, una burla que algunos muchachos hicieron de un compañero suyo cristiano.

Y, sin embargo, la cruz ha llegado a ser el símbolo más glorioso, la forma que suelen tomar las más honrosas decoraciones. Pero gloriarse en la cruz de Jesucristo no es cosa fácil. Sólo pueden hacerlo los que han encontrado en Cristo crucificado su Salvador y su paz.



TIPOGRAFÍA ARTÍSTICA.  
CERVANTES, 28, MADRID

(1) Lucas, XXI, 17.  
(2) Marcos, XIII, 13.